

Por [Elizabeth Álvarez](#)

Se iban para la costa a pescar, yo vi la caja roja donde mi papá guardaba carretes, cordeles, anzuelos y luego sacaron una lámpara de carburo que para mí siempre había sido mágica.

Había preparativos donde mi tío participaba, también se sumaban otros más. Pero mi tío era quien le ponía la sazón a la comitiva. Si la pesca era en el río él se ocupaba en la busca de carnada, nos invitaba a nosotros los muchachos y salíamos donde los humedales con laticas vacías y él con un guataquín para raspar la tierra y nosotros a recoger las lombrices.

En la costa no participábamos, ni íbamos a la pesquería, allí había que pasar la noche a la intemperie.

Ellos se iban por Cienfuegos a comprar carnada congelada, que consistía en camaroncillos y peces pequeños.

Preparados los avíos: sartén, grasa y otras cosas para comer, se montaron en la máquina y hacia la costa sur.

Eran los pescadores mejores de la familia, tenían cordeles finos y gordos, con plomadas como para coger una aguja, un tiburón, una rabirrubia o el gigantesco pez de los sueños de mi tío. Se instalaron en el seboruco y cada uno escogió cordeles y le pusieron buena carnada y los lanzaban con fuerza para que no se enredara en el dienteperro de la costa.

Mi tío observaba sus cordeles y el de los demás, todavía quedaba algo de sol y los cordeles brillaban como cuerdas de guitarra en la inmensidad de la bahía.

Recogieron y cogieron algún que otro pez mediano y pequeño, los prepararon para freír.

Otras veces, le habían llevado la carnada y tenían que volverle a poner la carnada, el juego del pescador, tiras en el momento o te llevan la carnada.

Juan había tirado unos cordeles finos y más gordos, los calzaba con una piedra para que no le llevaran el sedal.

Caía la noche y los jejenes se los estaban comiendo, encendieron la lámpara de carburo; pero tuvieron que encender una fogata más alejada, los jejenes estaban violentos.

Mi tío siempre contaba historias del desentono de algunos de sus alumnos y preguntaba que si no había ningún pez con nombre de instrumento musical.

Los otros pensaron y no encontraron ninguno que se llamara flauta, ni guitarra, ni piano. Y dijo él:

—Será que allá abajo es el mundo del silencio. Porque hay pez perro, martillo, guanábana y otras cosas, son incontables.

Los otros se reían de las ingeniosas filosofías de Juan.

Él se alejó, fue a darle un vistazo a los cordeles, el más grueso se movía. Lo desató.

—Sí que pesa... Este sí es grande; vengan, ayúdenme para que no se escape.

Allá fueron los otros a tirar, les cortaba las manos, todos eran tabaqueros y tenían las manos con la piel fina.

Ahí viene —decía uno.

—Y es grande, cómo pesa.

—Al fin, cojoyo, voy a coger el grande —gritaba Juan.

Ya casi estaba ahí, pero la noche no les dejaba ver que era, si tiburón, si pargo, ya casi estaba con ellos y pesaba.

–Eso tiene como una arroba –decía mi tío.

–No, más de quince libras no tiene –decía el otro.

–Está entre las dieciocho y diecinueve –aseguraba otro más.

–Ya, ya lo tenemos, aguanten para que no se suelte –gritaba mi tío–. Es mi gran pesca, si se pega en el seboruco se va a reventar.

–No te preocupes; ya lo tenemos en la mano –aseguró su hermano.

–Ya tenemos tu maravillosa pesca, Juan.

Y sacando a la luz, vieron lo que sería el mayor pez de mi tío:

El pez de mi tío pesaba como el pez de sus quimeras. Y solo fue un tiburón lleno de algas, caracoles y agua que llevó hasta la costa cienfueguera.